

## EL TESTAMENTO DE ATAHUALPA YUPANQUI

Rodolfo Alonso



**A** veces me pareciera intuir que, como ya dijo Ortega para el hombre, también las cosas tienen su circunstancia. *La capataza*, ese libro de Atahualpa Yupanqui publicado en 1992, me llegó casi al mismo tiempo que la noticia de la muerte de su autor (ocurrida en Nîmes, al sur de Francia, el 23 de mayo de ese año) y, sin embargo, entre el auténtico dolor por tan infausta pérdida y las habituales efusiones de rigor que prodigaron los medios —por otra parte, en este caso, hartamente merecidas—, me sorprendí con la alegría de reencontrarlo, de saborearlo vivo, vivísimo en esas páginas. Páginas que constituyen sin duda una nueva y actualizada antología de su verso y de su prosa pero que, además, editadas apenas un mes antes de su último paso en esta tierra, se han vuelto (y quizás así fueron pensadas, ¿por qué no?) sin duda un testamento.

Bajo la clara metáfora del título, esa “luna del cielo” a la que nombra, tan sugestivamente, “capataza / de todo lo que amo y lo que dejo”, este libro reúne textos y poemas de toda una vida tan íntimamente rica como generosamente prodigada. No por casualidad tuvo el orgullo y el honor, limpiísimos, de alcanzar a ser escuchado —aunque no pocas veces tuviera que hacerlo desde fuera del país— sin desdeñar su hombría de bien, su dignidad de artista, creando con su sola presencia un aura de respeto leal y de calor humano, un ámbito donde se recreó el antiguo diálogo del hombre con la voz y su música, con la verdad y su misterio.

Fue suyo y supo ser de todos, sin duda porque supo ser él mismo, con todo, íntegramente y, por serlo, pudo, puede ser tan nuestro. Y ayudarnos, aún ahora, en este país difícil, complicado, cambiante, quebradizo. Separadas en aquel libro de su guitarra nítida, indeleble, separadas por lo tanto de eso inescindiblemente mágico que constituye la canción lograda, sus palabras se revelan en toda su cristalina honestidad. Había en él también, y es comprensible, un don de lenguaje como había un don de oído, y esa bienvenida antología final nos devuelve ahora la nobleza pausada y rica de su acento, el poderío de su lengua.

Hay textos tan cuajados, que superan verbalmente hasta al propio peso de lo emotivo o lo tocante, tan entrañables en él, porque conllevan siempre un donaire de lenguaje, tan digno como popular, tan dignamente popular, de palabra labrada como guijarro en los ríos de la vida. Como imaginamos era antiguamente la voz misma del pueblo (sobre todo en provincias): sentida, fresca, noble, natural.

Nacido en la bonaerense Pergamino para 1908, a los siete años ya se afincó en Tucumán que, si no fue su tierra natal, bien hubiera podido serlo. De su padre ferroviario —otro contexto indicativo— heredó probablemente la pasión de los viajes y, si anduvo todos los caminos, primero fueron los del Norte y la Argentina entera, luego la América limpiamente mestiza y, más tarde, Europa, Japón, el mundo.



Para mi infancia de porteño hijo de inmigrantes que buscaba aquí (digamos instintivamente) su identidad y que, a su modo, también intentó seguir —sin saberlo, y en modesta medida— sus huellas de conocer el país, el temprano contacto con su personalidad resultó probablemente fundamental. Junto con el tango en su momento de esplendor, allá por los cuarenta, el arte de Atahualpa Yupanqui y de otros como él (¿quién puede olvidarse de Manuel Castilla y *Cuchi* Leguizamón?) me impregnaron, desde la niñez, como el más puro y auténtico folklore de este suelo. Sólo ya de muchacho, buscando y entendiendo o empezando a entender, descubrí que esa música honda y contenida, que esa palabra encendida no era la voz anónima del pueblo, sino que tenía autor, autores, creadores.

Pero más adelante comprendí, a su vez, ya adulto, que esos autores eran en realidad, casi de modo inmanente, recreadores, retransmisores de una sabiduría también honda y encarnada, que si se nos hacía visceralmente propia a los que queríamos llegar a ser argentinos no dejaba de tener ancestros, muchas veces insospechados. Que esos ancestros fueran los indios primigenios, los auténticos naturales de estas tierras, no era sorpresa alguna, pero sí que se entremezclaran allí coplas y tonos y hasta instrumentos —como la mismísima guitarra— de otros pueblos, que inclusive se habían llegado a imaginar conquistadores.

La voz y la guitarra de Atahualpa Yupanqui (nombre de alta raigambre incaica, con que se rebautizó a sí mismo el que había sido llamado Héctor Roberto Chavero) se convirtieron entonces, a la vez, al unísono, con indudable señorío, en la evidencia de una identidad personalísima y en el renacimiento de una resonancia antigua y general. Como ya dije, varias décadas atrás podíamos imaginarnos a esas calidades como un folklore vivo, que asumía todo

un pueblo, aunque eso comenzara a no ser ya entonces, por desdicha, enteramente verdad.

Hoy, y no sólo asolados por su ausencia, se nos hará más difícil alentar una esperanza semejante, tan reparadora. Las fuentes antaño espontáneamente fecundas de la creatividad popular, mucho me temo que hoy parecen definitivamente cegadas por los miasmas deletéreos de la llamada sociedad de consumo. Esa sociedad donde lo espectacular y lo estruendoso digitado por los medios conspira —cuando no la anula— contra la recogida comunión con un artista legítimo, que no apela a artilugios electrónicos sino apenas, nada menos, a su voz y su guitarra, cantando casi como para sí mismo. Y, como puede comprobarse precisamente en las páginas de *La capataza*, fue el mismo don Ata quien lo percibió, ya el 30 de mayo de 1936: “Y en Buenos Aires el folklore seguirá siendo para algunos una misión, para otros algo que está de moda, y para la gran mayoría una industria.”

Como los desolados colegas que despidieron su ataúd en París, el 28 de mayo de 1992, cuando lo devolvían a su tierra, a su Cerro Colorado, no podemos dejar de sentirlo (en lo íntimo) presente. Él sabía, como tantas otras cosas, que los poetas “Sienten cuando los ronda de cerca el gran silencio; cuando se les va acercando, cada día, cada semana, como una sombra amplia, amada, nunca desconocida, el silencio.” Y por eso podemos decir de él, contra el silencio, lo que él supo decir a la muerte de Félix Pérez Cardozo: “Difícil será oír en adelante un arpa como la suya.” Sólo que poniendo en sus manos, claro, para siempre, la guitarra de siempre. ☐

**Rodolfo Alonso** (Buenos Aires, 1934). Poeta, traductor y ensayista argentino. Miembro del Consejo Editorial de *Archipiélago*. Premio Nacional de Poesía. Orden *Alejo Zuloaga* de la Universidad de Carabobo (Venezuela). Palmas Académicas de la Academia Brasileña de Letras. Premio Único de Ensayo Inédito de la Ciudad de Buenos Aires. Premio Festival Internacional de Poesía de Medellín (Colombia).